



## Importancia del Árbol en el Desarrollo Humano

Texto: Guillermo GARCÍA PÉREZ

**Los estudiosos europeos de la segunda mitad del siglo XIX, pusieron ya de manifiesto la importancia del culto al árbol en los pueblos primitivos y antiguos, y después en la historia integral del pensamiento y de los sentimientos humanos. Los investigadores actuales añaden nuevos motivos de respeto y agradecimiento a los árboles.**



Coevolución: algunos árboles (mango en la foto) utilizan a los simios para reproducirse<sup>1</sup>

La conclusión general de Carl Bötticher (1806-1889), como resultado de sus elaboradas investigaciones sobre el culto al árbol entre los helenos: *Der Baumkultus der Hellenen* (1856), es que:

La adoración de los árboles no es sólo la primera forma del ritual divi-

no, sino la última en desaparecer ante la expansión del cristianismo. Los ritos arbóreos existen desde mucho antes de que se erigieran los templos y las estatuas a los dioses, han florecido codo con codo con estas costumbres y han persistido a lo largo del tiempo después de que estas formas desapareciesen<sup>2</sup>.

Lewis Richard Farnell (1856-1934), que estudió después el mismo fenómeno en relación con las ciudades-estado griegas, *The Cults of the Greek States* (Oxford, 1896), llega a conclusiones muy similares: los dioses de los griegos (Cronos, Zeus, Hera, Apolo, Artemisa, etc.) “fueron en su origen deidades de la vegetación; los atributos especiales asociados a ellos no son más que la subsecuente potenciación de los mismos”<sup>3</sup>. Y para la India y el mundo asiático en general, obtiene resultados parecidos James Fergusson (1869), que estudió la adoración al árbol y a la serpiente tanto en el mundo oriental como en el occidental: *Tree and Serpent Worship; as found in Indian Mythology*<sup>4</sup>.

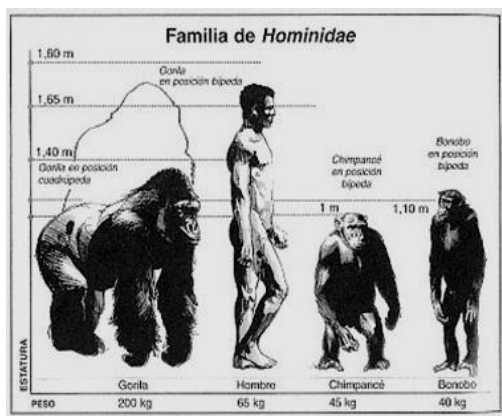
Por su parte, Edward Burnett Tylor (Cambridge, 1832-1917), en el marco de sus conocidos estudios sobre el papel relevante del animismo en el desarrollo de las diferentes religiones y teologías conocidas, expone en *Cultura primitiva* (Londres, 1871), en síntesis, que:

La teoría animista de la naturaleza [...] se pone perfectamente de manifiesto en esa fase del pensamiento

en que el árbol individual es considerado como un ser personal y consciente, y como tal, recibe adoración y sacrificios. Suele ser difícil determinar si ese árbol se considera habitado, como un hombre, por su propia vida o alma, o poseído, como un fetiche, por algún otro espíritu que se haya introducido en él y lo utiliza como cuerpo [...]. Las concepciones del alma inherente al espíritu incorporado no son más que modificaciones de un solo y mismo pensamiento animista, profundamente arraigado, [según podemos ver en los ejemplos siguientes, tomados de creyentes de Sumatra, Tonga, sendas Américas, África, el hinduismo, el budismo, Europa, las religiones llamadas mosaicas, etc.]. Pero la totalidad del culto al árbol, en el mundo, no debe reducirse, en absoluto, a esta única categoría. Aquí se ha expuesto sólo como un claro testimonio de que puede considerarse que un árbol sagrado tiene un espíritu incorporado en él o unido a él. Más allá de este límite, hay una amplia gama de concepciones animistas relacionadas con el culto al árbol y al bosque. El árbol puede ser la percha o el albergue o la querencia favorita del espíritu. De acuerdo con esta definición, se cuelgan de los árboles objetos que son los receptáculos de la enfermedad; como lugares de concurrencia espiritual, no existe una distinción real entre el



Simio practicando la braquiación en Indochina



árbol sagrado y el bosque sagrado. El árbol puede servir de tablado o de altar, al mismo tiempo conveniente y visible, donde pueden depositarse ofrendas para algún ser espiritual, que puede ser un espíritu del árbol o tal vez una divinidad local, que vive allí, como podría hacerlo un hombre que tuviera su cabaña y su parcela de tierra alrededor. El retiro de algún árbol solitario, o el solemne aislamiento de alguna arboleda en el bosque, es un lugar de culto elegido por la naturaleza: para algunas tribus el único templo, y para muchas, tal vez el primero. Por último, el árbol puede ser, sencillamente, un objeto sagrado protegido por alguna divinidad o asociado a ella, o símbolo de ella [...]. Todas estas concepciones pueden fundirse conjuntamente [...]. Suele ser difícil distinguirlas [...]. Sin embargo, a pesar de esta confusión, se ajustan a la teología animista, en la que todas tienen sus principios esenciales<sup>5</sup>.

Casi veinte años después, James George Frazer (Glasgow, 1854-Cambridge, 1951), trató estas mismas ideas con nuevos datos y matices, y en un marco de referencia igualmente planetario. No es el momento de resumir sus amplísimas aportaciones. Pero parece conveniente, a título de muestra, recoger aquí algunos sucintos párrafos de la versión resumida (1923) de *La rama dorada* (1890):

Según las investigaciones de los hermanos Grimm, lo más probable es que, entre los germanos, los santuarios más antiguos fueron los 'bosques' naturales.

Sea como quiera [escribe Frazer], el culto al árbol está bien comprobado en todas las familias europeas del tronco ario [...], celtas [...], griegos

[...], [etc, así como] entre las tribus del tronco fino-ugrio [...].

[Pero], en qué se funda el culto al árbol o a las plantas. Para el salvaje, el mundo en general está animado, y los árboles y las plantas no son excepciones a la regla. Piensa él que todos tienen un alma semejante a la suya, y los trata de acuerdo con esto [...].

Hay determinados casos en los que sólo cierta clase de árboles tiene espíritus moradores en ellos. En Grbalj, Dalmacia, dicen que entre las grandes hayas, robles y otros árboles hay *algunos* que están dotados de almas o 'sombras' y siempre que derriben alguno de estos árboles, *debe morir el talador o al menos quedar inválido* para el resto de sus días [...]<sup>6</sup>.

Confirmando también ideas pioneras de James Fergusson (1868), la señora J. H. Philpot (1850-1929) recoge y advierte, a su vez, en su monografía sobre el árbol sagrado (1897), que:

Es innegable que el culto al numen que reside en el árbol ha sido usualmente, sino siempre, asociado con, y en muchos casos oscurecido por otros cultos; así el sol, la luna, y las estrellas, las fuentes y las piedras sagradas, las montañas sagradas, y animales de las más diversas especies han sido asociadas con singular imparcialidad con el hombre primitivo, encriptando o simbolizando el principio divino. Pero ninguna otra forma del ritual antiguo ha estado tan extendida, ha dejado tras sí trazas tan persistentes o atraído con tanta fuerza las simpatías modernas como el culto al árbol<sup>7</sup>.

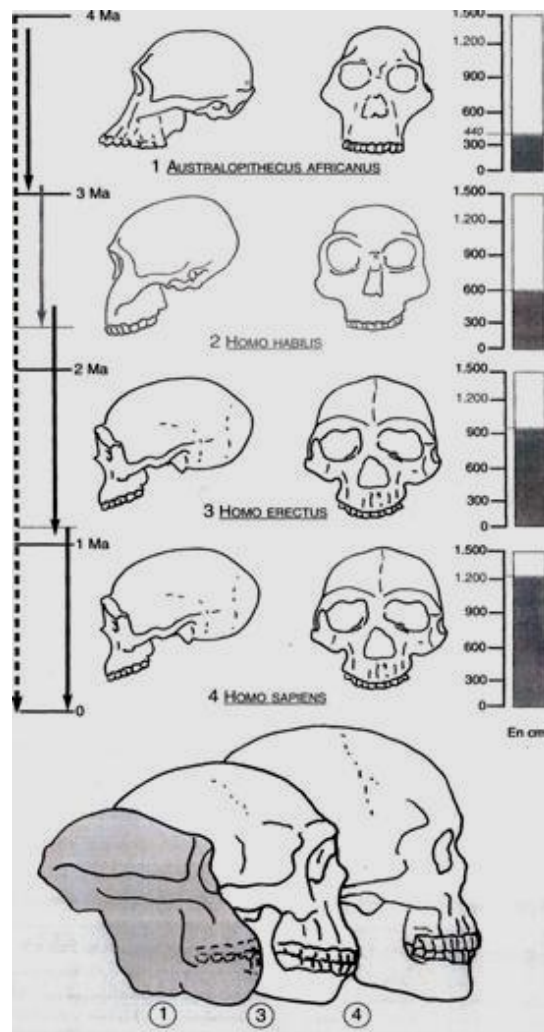
El cirujano y ensayista Pedro García Barreno (1996) nos cuenta en un artículo sobre "La mitología de los bosques" que:

El tríptico árbol-altarpiedra de los lugares sagrados primitivos de Asia Oriental y de la India es conocido desde hace años;

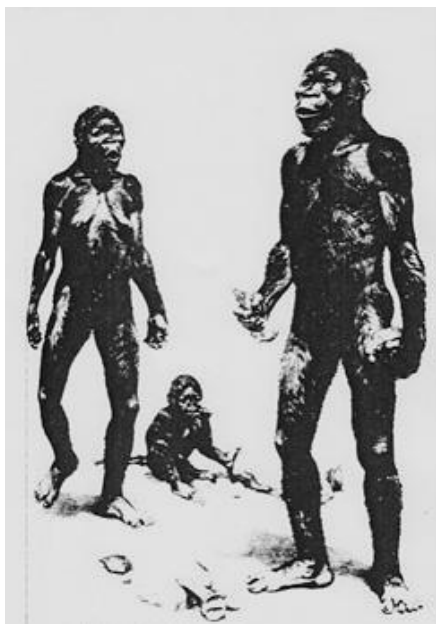
existe sin embargo [dice] un escalonamiento en el tiempo. En su origen, el lugar sagrado habría sido sólo el bosque; el conjunto tríptico habría sido posterior [...], en el que nunca falta el árbol sagrado<sup>8</sup>.

Pero, en lo que se refiere al plano simbólico, George Lechler (1937) culmina su profundo y documentadísimo estudio gráfico y literario sobre "The Tree of Life" (El Árbol de la Vida) con la siguiente reflexión:

La *ashera* asiria [Árbol de la Vida] es el árbol sagrado que representa el curso del año [la vida, la naturaleza, que se reproduce y repite año tras año]. Esto no debería sorprendernos. Estudiando varios símbolos puede verse que hay una tradición constante [en el arte y en la literatura] desde la Edad de Piedra a la Edad Media; por ejemplo, la rueda del sol, la esvástica, el *árbol de la vida*, el pez, la cruz, la cruz egipcia llamada ank, el barco, el barco-carro, el hacha, la espiral,

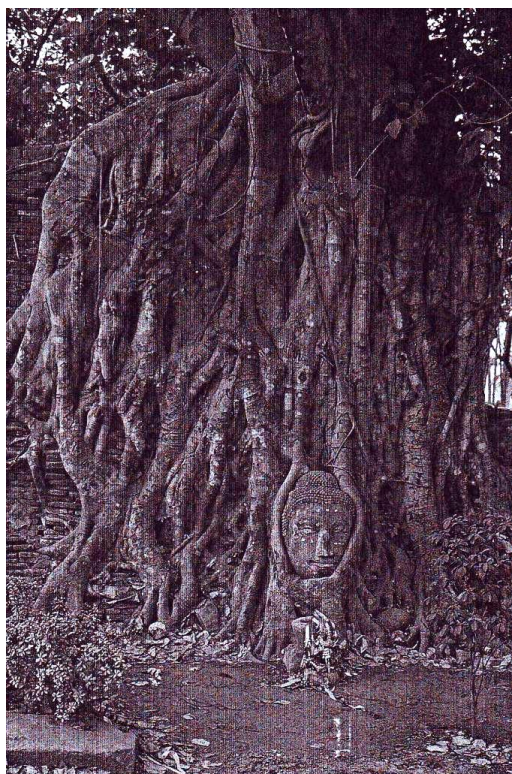






Una familia de australopitecus hace cinco millones de años

el laberinto, por mencionar sólo los símbolos estudiados en este artículo, se repiten continuamente<sup>9</sup>.



La costumbre de personificar la deidad colocando en el "árbol sagrado" distintas suertes de imágenes, que luego aparecen *milagrosamente*, ha estado muy extendida en el espacio y en el tiempo. En la foto, cabeza de Buda sobre tronco de higuera en Tailandia. LEWINGTON, A. y E. PARKER (1999): *Ancient Trees*, p. 163

En este mismo autor puede verse que, en particular, el culto al árbol parece remontarse hasta el

Paleolítico. En 1935, Alfred Rust encontró en Ahrensburg, cerca de Hamburgo (Alemania), en un yacimiento arqueológico del período Magdalenense, un buen número de renos jóvenes sumergidos en una especie de estanque con una gran piedra atada al pecho, lo que se interpreta como un sacrificio ritual de los cazadores en honor del dios de la vida.

En el borde del estanque habían levantado un gran poste, donde pusieron una cabeza de reno. Nos encontramos, pues, con un sacrificio ritual donde se unen el agua y el tronco muerto de árbol, y esto sucedió hace tal vez unos quince mil años [...]. Kossina descubrió en los primeros años del siglo XX que en el antiguo germano se usaba la misma palabra para decir dios que para designar al tronco del árbol [...]. Los materiales disponibles de hace cuatro mil años muestran que el tronco de árbol era una forma abreviada o abstracta del Árbol de la Vida o del Árbol del Mundo. Este Árbol del Mundo se simbolizaba con la *asherah*<sup>10</sup>.

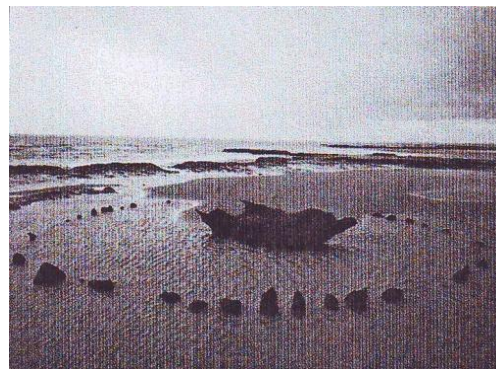
La asherah, ashera o asera, etc., aparece en distintas formas a lo largo de la historia conocida en diferentes partes del mundo. Entre los cananeos eran famosas, entre otros muchos lugares desconocidos, las que había en lo alto de montes tales como Garizim, Carmelo, Moria y Sinaí.

Un altar en el punto más alto de cada montaña sagrada [dice este mismo autor] era el centro del santuario; junto al altar estaba el árbol sagrado, la *asherah*, y una piedra en forma de *pilar*, la *massebah*.

Las descripciones de estas *asherahs* son similares a las que se conocen, unos dos mil años después, para el *Irmensul* germánico.

La ashera, o Árbol de la Vida o Árbol del Mundo, podía ser un árbol

real o un tronco de árbol. Se podía encontrar en estado natural, con las raíces ancladas en el suelo, abatido, cortado. Podía tener grabados en su parte superior, como los que se han encontrado, por ejemplo, en la Alemania Media. Cuando era destruido o dividido en piezas [que se distribuían a modo de reliquias], se plantaba o erigía uno nuevo<sup>11</sup>.



Templo en *roble* sagrado de hace unos 4000 años, descubierto en la costa de Norfolk (G.B.) en 1998. El enorme tronco-altar, rodeado de un anillo ovalado de postes, se supone que servía de plataforma para exponer los cadáveres a la "excarnación". LEWINGTON, A y E. PARKER (1999): *Ancient Trees*, p. 80

Parece, pues, que contamos con la prueba documental de que una abreviación simbólica, tal como el tronco de un árbol o una columna de madera o de piedra sustituían, a veces, al árbol vivo. Sucede así, con las variantes correspondientes, tanto en Canaán como en Europa Central (Dinamarca, Suecia, o Noroeste de Alemania) como en la India Antigua y Medieval o entre los indios de Estados Unidos de América o de México.

Ahora bien, si nos decidimos a adentrarnos en aguas o capas aún más profundas, es decir, en el marco general de la evolución de la especie humana, nos encontraremos con nuevos motivos de respeto, agradecimiento y admiración hacia los árboles. El célebre astrofísico y prolífico escritor Carl Sagan (1977), escribe así en uno de sus libros, *Los dragones del Edén*, que, según las fuentes



que maneja:

Nuestros antepasados arborícolas tenían que proceder con mucha cautela ya que cualquier error al columpiarse de rama en rama podía resultarles fatal. Cada salto constituía una oportunidad de cara a la evolución de la especie. Poderosas fuerzas selectivas entraban en juego para engendrar organismos gráciles y ligeros [...]. Cada una de estas facultades requirió sustanciales progresos en la evolución del cerebro y, muy en especial, de las neocortezas de nuestros antepasados. La inteligencia humana está sobre todo en deuda con los millones de años que nuestros antecesores pasaron sobre los árboles<sup>12</sup>.

Pero Yves Coppens y Pascal Picq (*Aux origines de l'humanité*, Paris, 2001), dicen, por su parte, que si bien una larga tradición, fuertemente anclada en la paleontología, mantiene que la discusión sobre la evolución humana gira esencialmente en torno a los caracteres del cráneo, ellos piensan que debe prestarse más atención al estudio “de las manos y los pies, que revelan las huellas y recuerdos de los cientos de miles de años que hemos vivido sobre los árboles”<sup>13</sup>.

Francis Hallé (2011), conocido botánico y biólogo francés especializado en la ecología y la arquitectura de las plantas, ha publicado en estos últimos meses conclusiones muy parecidas:

¿Nuestros ancestros [se pregunta el profesor de Montpellier], vivían en los árboles? [Y responde]: Esta cuestión científica opone actualmente en Francia a dos escuelas de pensamiento [...]. Yvette Deloison, del CNSR, sostiene [en *Préhistoire du piétón*, Paris, 2004] que nuestros ascendientes no tuvieron nada que ver con los árboles [...]. Yves Coppens y Pascal Picq, paleoantropólogos de Colegio de Francia cuyas ideas comparto [dice Hallé], piensan que en el origen del género *homo* están los animales



Las manos de los animales están adaptadas a su forma de vida, y a la inversa. En la figura se muestran los apéndices de A) el oposum; B) la tupaya; C) el posum (primata de África occidental); D) el zorro (zorilla); E) el babuino (la parte de apéndice que sirve a la vez de mano y de pie); F) el orangután, adaptado a la función braquial; G) el hombre, dotado de un pulgar oponible y relativamente largo.

arborícolas [...]. Según Coppens y Picq, nosotros debemos nuestra verticalidad a nuestros ancestros, que, sirviéndose de las manos practicaban el desplazamiento de rama en rama. Y otra cosa importante: nuestra mano ha desarrollado un pulgar que puede oponerse a todos y cada uno de los demás dedos de la misma, lo que es ideal para practicar dichos desplazamientos. Nuestros ojos, tan próximos el uno del otro [en comparación, por ejemplo, con los de los peces] serían también un recuerdo de nuestra ascendencia arborícola. Suponen, en efecto, un gran ángulo muerto por detrás [...]. Pero, según ciertos antropólogos norteamericanos, esto ha desarrollado la necesidad de la vida en grupo. Yo he constatado [dice Hallé] que los grandes primates en las copas de los árboles no están nunca solos. Viven en grupos de ocho o nueve individuos y, aunque disputan a menudo entre sí, se posicionan de tal forma que mantienen colectivamente la vigilancia permanente del grupo.

[En suma], sin los árboles no seríamos seres humanos. No sé lo que seríamos, pero, en el plano físico, no habríamos tenido la evolución que tenemos ahora<sup>14</sup>.

Y, en lo que se refiere a la brillante aportación española al estudio de la formación, evolución y futuro de nuestra especie, el co-

nocido paleontólogo Juan Luis Arsuaga, en su último y como siempre ameno libro (2013), *El sello indeleble*, escrito al alimón con Manuel Martín-Loeches, nos confirma al paso lo siguiente:

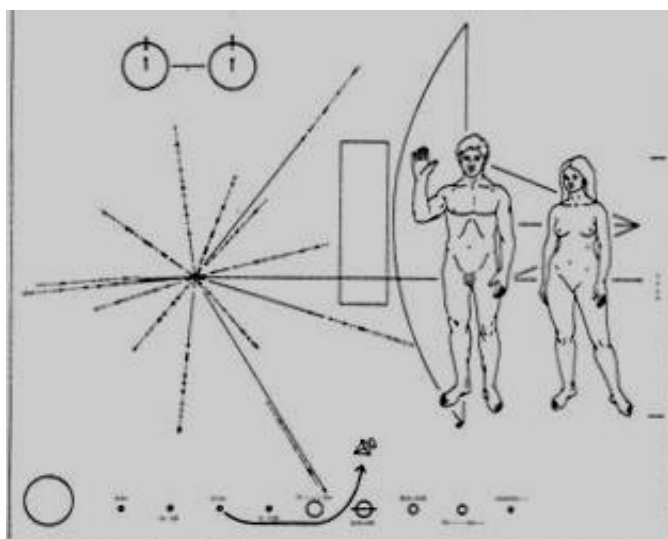
Los primates superiores tienen – tenemos – , además, unos ojos situados frontalmente que permiten una visión tridimensional – o estereoscópica – de los objetos situados delante de la cara y al alcance de las manos. Los humanos podemos fabricar y utilizar herramientas gracias a esas dos capacidades propias de los monos: la de ver los objetos en relieve y la de manipularlos con precisión. Ambas se las debemos a *nuestro pasado aéreo*, ya que surgieron por adaptaciones a la vida de los árboles [...]. Bueno, escribía Julian Huxley, ya sólo hacía falta que el prehomínido se bajara de los árboles para convertirse en un homínido y que desarrollara el lenguaje para que llegara a hacerse consciente<sup>15</sup>.

Por otra parte, en un libro dedicado a la historia de los paisajes británicos, en un apartado titulado “Los árboles en el cerebro”, dice el arqueogeógrafo Richard Muir (2005) que, la larguísima transformación del primate en homínido y de éste en *homo*, no habría tenido lugar en las más intrincadas espesuras de las selvas, sino en espacios más o menos abiertos de las zonas subtropicales similares a los parques “naturales” de tipo inglés.

Está universalmente reconocido que la cuna de la humanidad estuvo en las sabanas subtropicales de África. Según G. M. Orions (1990),

un entorno tipo parque natural, no selvas cerradas ni espacios abiertos, proporcionaron a los homínidos recursos abundantes fáciles de obtener, riberas con agua y asentamientos agradables.

Y, según Appleton (1986, 1990, 1996):



La placa de los Pioneer 10 y 11, los primeros vehículos de la humanidad en aventurarse por el espacio interestelar. Las placas de oro y aluminio anodizado contienen información científica sobre los logros del ser humano en el planeta Tierra. Con todo, es indudable que podrían mejorarse estas informaciones a través de mensajes radiados interestelares.

#### Del alma de los árboles al alma de los extra-terrestres

En este sentido, el comportamiento [humano] es similar al de cualesquiera otra criatura [...]. La teoría [llamada] prospección-refugio considera los asentamientos en términos de su idoneidad para favorecer la supervivencia de incontables generaciones de ancestros que vivieron en lugares relativamente débiles y vulnerables poblados a la vez por presas y por poderosos depredadores. [Appleton] considera que el tipo de entorno más favorable para la supervivencia humana era el que le permitía a la vez prospectar las posibilidades de comida y los peligros cuando estaba en reposo. La supervivencia dependía ante todo [tanto para el individuo como para el grupo] de la posibilidad de ver sin ser visto [...]. El ideal eran los paisajes parcialmente abiertos [...]. Estas condiciones se encontraban en las paradisíacas sabanas africanas [...]. Este es [hoy] también el escenario natural/seminatural más replicado en los parques [de estilo inglés]<sup>16</sup>.

En ese mismo año de 2005, F. Hallé, en su citado *Plaidoyer pour l'arbre*, concluía un largo y documentado capítulo sobre “Nuestra herencia arborícola”, escrito en colaboración con Denis Michel, con los siguientes párrafos:

Si hacemos balance de todo lo dicho anteriormente, ¿no debemos re-

conocer que los árboles han jugado un papel esencial en la puesta a punto de nuestras características humanas, la verticalidad que libera las manos, la posesión de una visión binocular y la vida en sociedad, la adopción de un lenguaje y una capacidad de adaptación muy superior a la de otros animales?

¿No es, acaso, esta conjunción de características la que nos ha permitido pasar en doscientos mil años de la piedra

tallada a Internet y de las cavernas a los viajes interplanetarios? ¿En lugar de renegar de los árboles, no deberíamos seguir su ejemplo? Silenciosos y dignos, viejísimos y sin embargo con gran porvenir, bellos y útiles, autónomos y no violentos, ¿no son acaso los árboles el modelo que necesitamos?<sup>17</sup>.

Por último, aunque no de menos importancia, Richard Muir (2005) sugiere conexiones entre el origen ancestral de nuestra especie, las necesidades biológicas y psíquicas de bosques o parques y el culto a los árboles:

Tal vez haya conexiones intuitivas [dice] entre nuestra génesis en los bosques más o menos abiertos de la sabana africana y nuestra pobre concepción mágica de la asociación de los árboles santos y los bosques sagrados relacionados con los cultos [llamados] paganos, así como de la difusa persistencia de tales creencias en las supersticiones medievales [europeas]<sup>18</sup>.

<sup>1</sup> Las cuatro primeras figuras proceden de COPPENS, Yves y PICQ, Pascal (2001): *Los orígenes de la humanidad*, Madrid, Ed. Espasa, y las tres siguientes de SAGAN, Carl (1977): *Los dragones del Edén*, Barcelona, 1993, R.B.A. Ed.

<sup>2</sup> BÖTTICHER, Carl (1856): *Der Baumkultus Der Hellenen...*, Berlin, 1856, pp. 11 y 534.

PHILPOT, J. H. (1897): *The Sacred Tree*, London, 1897, p. 21.

<sup>3</sup> FARNELL, L. R.: *The Cults of the Greek States*, Oxford, 1896, vol. I, chap. iii.

<sup>4</sup> FERGUSSON, J.: *Tree and Serpent Worship[...] in Indian*, London, 1868, 277 pp. Disponible en Google e-Book.

<sup>5</sup> TYLOR, E. (1891): *Cultura primitiva, t. II. La religión*, ed. esp. 1981, pp. 281 a 283.

<sup>6</sup> FRAZER, George James (1890, 1923): *La rama dorada. Magia y religión*, ed. esp. de 1944, déc. reimpr., 1984, pp. 143-145. Madrid, FCEM.

<sup>7</sup> PHILPOT, J. H.: *Sacred Tree or the Tree in Religion and Mythe*, New York, 1897, p. VII. FERGUSSON, J.: *Tree and Serpent Worship*, London, 1868, p. vii.

<sup>8</sup> GARCÍA BARRENO, P.: “Mitología de los bosques”, en *El bosque. El Campo*, nº 134, Valladolid, 2006, pp. 29-30.

<sup>9</sup> LECHLER, George (1937): “The Tree of Life in Indo-European and Islamic Cultures”, en *Ars Islamica*, IV (1937), pp. 369-421. Contiene 148 figuras. La cita en p. 403. Sobre la Ashera sumeria, asiria, cananea, judía, india, etc. véanse, entre otras, las pp. 372, 388, 396 y 403.

<sup>10</sup> *Íbidem*, p. 372.

<sup>11</sup> *Íb.*, p. 388.

<sup>12</sup> SAGAN, Carl (1977): *Los dragones del Edén. Especulaciones sobre la evolución de la mente humana*, ed. esp. 1995, p. 86.

<sup>13</sup> HALLÉ, F. (2005): *Plaidoyer pour l'arbre*, Arles, 2005, ed. 2012, p. 162 y COPPENS, Yves y P. PICQ (dirs.): *Los orígenes de la humanidad. De la aparición de la vida al hombre moderno*, Madrid, 2004, “Coevolución de monos y árboles” (p. 88), “Los homínidos modernos” (pp. 124-125), “Homínidos bípedos” (p. 196), “Cerebros” (pp. 294-295). Véase, en el mismo sentido, PINKER, S. (1977): *Cómo funciona la mente*, ed. esp. de 2012, pp. 255-260.

<sup>14</sup> HALLÉ, Francis: *La vie des arbres*, Montrouge, Cedex, 2011, pp. 33-40.

<sup>15</sup> ARSUAGA, Juan Luís y Manuel MARTÍN LOECHES: *El sello indeleble. Pasado, presente y futuro del ser humano*, Barcelona, 2013, p. 333. Sobre la relación mano-cerebro, véase



